

Javier Barreiro Cavestany

Sobre *La mujer nueva*

Para un materialista, spinoziano, iluminista, abordar sin prejuicios una novela cuya temática central es la conversión religiosa (y para colmo al catolicismo apostólico-romano), no es tarea fácil. Aún menos, cuando ese hecho se convierte, hacia el final del relato, en el acicate para que la protagonista retorne, tras un sinfín de devaneos y conflictos, al redil conyugal, junto a un hombre del que no está enamorada. Todo ello bajo los auspicios de un matrimonio eclesiástico.

Tal es la trama de *La mujer nueva*, de Carmen Laforet, escrita y publicada en España en los años cincuenta (es importante recordar, sobre todo para el lector joven, el contexto de la dictadura franquista en su momento de mayor exaltación ideológica y represora, cuando se gestó y publicó la novela, con los trágicos fantasmas de la guerra civil como trasfondo).

A esa extrañeza frente a la temática, se suma la que provoca un realismo descriptivo –anclado en la omnipresencia de una voz narrante “objetiva”– al servicio de una estructura temporal más bien lineal, donde se inserta una serie de subtramas que, leídas a distancia –dentro del interesante mecanismo de dilatación/yuxtaposición que las anima–, aportan más color histórico que profundización de los elementos medulares de la obra. Se trata de rasgos ajenos a la idea descarnada y casi musical de la literatura con la que puedo identificarme, donde el punto de vista resulta crucial para que el relato sea creíble.

Entonces, ¿para qué leer más de 300 páginas cuyo tenor parece situarse en las antípodas de la propia visión del mundo y de la escritura?

Las razones son simples y contundentes, y pueden resumirse en unas palabras escritas hace años: “Lo que distingue, a mi juicio, la obra de Carmen Laforet es algo devaluado por la crítica literaria actual: la honestidad de su mirada. Una actitud que busca reflejar con fidelidad la propia experiencia, en un lenguaje capaz de hacernos partícipes de un paisaje interior, no de un simulacro, donde el protagonismo del yo cede terreno ante la empatía de la voz que relata.”

Puede que esta afirmación suene retórica y, en cambio, merecería desglosarse en sus rasgos específicos, más allá del análisis formal o de la pedantería filológica, sin excluir la riqueza de un diálogo a distancia, a contracorriente incluso, entre autora y lector. Porque pobre de aquel que sólo lee para estar de acuerdo (o menos) con su lectura.

Ante todo importa la condición de extravío de la protagonista, que le confiere a sus conflictos un cariz tan nítido como inaprehensible, y que los vaivenes estilísticos captan con notable sutileza de matices. Así, su búsqueda de sentido ante el resquebrajamiento de las convenciones y los compromisos de la vida, va revelando la precariedad de sus convicciones, fruto de la cambiante evolución de sus encrucijadas (la separación de su marido, el abandono del hijo, las desavenencias con su amante, la huida del aislamiento provinciano, su relación con el pasado). Todo lo cual ocurre en el flujo de relaciones, contradicciones y actitudes de una época durísima.

Esa multiplicidad de planos se refleja en un lenguaje que va delineándose conforme los acontecimientos imponen su paso y su peso, y cuyos escasos desbordamientos responden a la exigencia de dar cuerpo a vivencias muy concretas.

Hasta en los pasajes de profuso descriptivismo psicológico y social, emerge una preocupación por captar en la superficie de lo contingente el signo revelador de un drama que es tal, precisamente, no como especulación metafísica sino como interacción con el mundo. Desde esta óptica, como ya dijimos, el ejercicio de la empatía es un rasgo presente en casi toda la obra de Carmen Laforet. Empatía como gesto que nos identifica con el otro, sin abandonar el eje incierto que nos constituye y que encuentra en la compasión su expresión más transparente.

Acaso la mayor reserva frente a *La mujer nueva* sea la dimensión dogmático-eclesiástica que asume la conversión de la protagonista. Porque si entre religiosidad y religión hay un desfase similar al existente entre la experiencia de la vida y la institución que la confisca, reivindicar una mística del cosmos y del misterio de lo viviente que prescindiera de todo teísmo fideista, de toda burocratización de la trascendencia, de todo espiritualismo incluso, hubiese sido una prerrogativa legítima e, incluso, coherentemente libérrima del personaje. Porque como dice Spinoza: "El premio por la beatitud es la beatitud misma."

Desde esta perspectiva, hay que decirlo, la protagonista queda atrapada en su época. Lo cual también la hace más creíble, al estar anclada en un contexto. Pero esta contradicción entre afán de libertad y búsqueda de cobijo en la iglesia y en la familia –más allá de la fácil censura ideológica o de la paradójica verosimilitud del asunto– nos recuerda que la literatura no debe limitarse a "reflejar" la realidad, sino prefigurar, de forma implícita, un mundo posible; no en un sentido programático, sino como una nueva manera de estar y de relacionarse con el/lo otro, empezando por el lenguaje.

Y aun así, la novela se sostiene. No tanto, como se afirma en el prólogo y la contraportada del volumen, por ser precursora de ese híbrido discutible que sería la literatura "femenina" (¿a alguien se le ha ocurrido definir al Quijote o a la Odisea literatura "masculina?"), sino por el combate que, detrás del personaje, libra la autora por encontrar una luz en su angustiante túnel existencial. Que la religiosidad sea su salida, puede resultar una postura cándida y hasta conformista, pero la incertidumbre que vibra detrás del lenguaje de *La mujer nueva* transmite una experiencia tan humanamente contradictoria que nos hace partícipes de un auténtico aprendizaje.

Por último, *La mujer nueva* me emocionó por una razón más subjetiva, íntima: leyéndola pensé repetidas veces en mi madre. Presumo que ella y Carmen no se parecían en casi nada, fuera de haber nacido en el mismo año (1921). Mi madre fue una escritora *ratée* (en español se diría "fallida", pero suena a fracaso, y para fracasar primero hay que intentarlo), también ávida lectora de Faulkner, creyente más por convención que por convicción, separada de su marido, sin haber vuelto a su lado. Como en otras cosas decisivas de la vida, intuyo que no logró enfrentarse con sus fantasmas y miedos profundos; acaso le faltó la fuerza para apostar a fondo por sus deseos. En más de un pasaje pensé (es sólo un capricho de la memoria afectiva), con luminosa melancolía, que si hubiese leído este libro, tal vez, su vida hubiese sido otra, menos amarga.

Estoy seguro de que me hubiese emocionado conocer a Carmen Laforet, aunque sólo fuese para pasear una tarde en silencio. Pero cuando estuvo por suceder, ya era demasiado tarde. Por eso dedico estos apuntes desordenados a Agustín, su hijo y gran amigo, prosiguiendo nuestra última charla en una memorable fonda madrileña, con unos vinos y unos callos no menos memorables, poco antes de morir su madre.

(En la ciudad de México, noviembre 2006)